fuego, «pasan por mi puerta ellos, hambrientos, desnudos, flacos»; entonces el frío hiela mi espíritu, del mismo modo que debe de helar sus cuerpos; mi corazón, al contemplarlos marchar sin consuelo, «se queda opreso y triste». «¡Cuánto no podrán padecer en tí, oh patria—exclama en otra parte—cuando ya tus hijos sin dolor te dejan!» En esa patria, «siempre oprimida y siempre pasto de la ruindad y la ignorancia», piensa también dolorosamente en uno de sus más bellos poemas.

Amaba ansiosamedte Rosalía el mar; en el mar veía un reflejo de su espíritu solitario y en perpetua inquietud. Poco antes de morir quiere ver por postrera vez el mar. «Quería ver el mar antes de morir—dice Murguía—; el mar, que había sido siempre, en la Naturaleza, su amor predilecto.» Algún tiempo después expiraba Rosalía. «Cuando la ví encerrada en las cuatro tablas que a todos nos esperan—escribe el mismo - exclamé: *¡Descansa en paz al fin, pobre alma atormentada, tú que has sufrido tanto en este mundo!*»

Hace algunos años, el marido de Rosalía de Castro, este don Manuel Murguía, tan culto, tan afable, vino a Madrid. Pretendía algo a que tenía estricto derecho y en que se ampararía en su vejez. Era un viejecito limpio, callado y escrupuloso; un viejecito con un anticuado sombrero de copa, una levita corta, un bigote largo y una romántica perilla. Anduvo el viejecito de un ministerio en otro. Se pasó quince días subiendo escaleras y esperando en las antesalas. Le ponían la mano afablemente en el hombro y le sonreían; pero no le despachaban lo que pedía en justicia. Al fin, este viejecito—el compañero de uno de los más altos poetas españoles contemporáneos—guardó un día su levita raída, puso en una caja su sombrero de copa anticuado y se marchó a su tierra, entristecido, lleno de desconsuelo.

*Azorín*

Las obras completas de Rosalía de Castro: «En las orillas del Sur»; «Cantares gallegos», «Follas novas»; «El caballero de las Botas Azules», están de venta en esta librería.

# El poeta y el campesino

Un joven rondaba por el bosque que separa a Sainte-Marie-aux Mines de Ribau Villé, y, aunque la noche se venía encima y a pesar de la niebla cada vez más espesa, caminaba lentamente, sin importarle ni el tiempo malo, ni la hora. Viéndolo con su traje de paño verde, sus polainas de gamo y su elegante rifle al hombro, alguien lo hubiera tomado por un Nemrod, pero un volumen medio oculto en su mochila, traicionaba al soñador que tenía en la cabeza un pretexto para estar solo. En aquel mismo instante el descuido meditativo de su marcha desmentía sus apariencias de cazador y mostraba que Arnoldo de Munster seguía menos la pista de los venados que los giros caprichosos de su pensamiento fantástico.

Algunos minutos más tarde se le vino el recuerdo de su familia y de los amigos que quedaron en París. Recordaba su elegante estudio decorado cuidadosamente con grabados fantásticos, telas curiosas, estatuas raras; las melodías alemanas que cantaba su hermana, los versos melancólicos recitados por él junto al resplandor velado de las lámparas de noche, sus largas tertulias donde cada uno traía la confidencia de sus sensaciones más íntimas, donde todos los misterios de los sentimientos se sometían a discusión uno después del otro; eran examinadas, traducidas en palabras encendidas o encantadoras! Por qué había abandonado aquella sociedad exquisita y los placeres escogidos para venir a enterrarse en un campo de Alsacia?

La importancia de los negocios jus-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.